

EL pailón de la quebrada (Livia Ipiales)

En una hermosa pradera, vivía un agricultor llamado Don Humercindo, junto a su familia. Una madrugada, como todo un campesino responsable, él se despertó súbitamente al recordar que debía regar su chacra, que quedaba cerca a la quebrada del Pailón. Se levantó, cogió su pala, se acomodó el sombrero, montó su



bicicleta y salió apresuradamente hacia la acequia de Cuabungo, que cruzaba por la esquina de la antigua escuela, a tapar el agua para llevar a su terreno. La noche era tranquila, se respiraba paz y se percibía el aroma de las flores y el verdor de las plantas en flor. Sumido en sus pensamientos, dirigía el cauce del agua fresca y limpia por los terrenos de sus vecinos, cercados con chilcas, chichavos y pencos. Ya en su terreno, empezó a regar cuidadosamente los guachos de maíz. De pronto, sintió un suave apretón en su bota. Bajó la mirada a sus pies y vio la cabeza de un animal. Pensó que era un cuso y, cuando quiso quitárselo con el otro pie, se dio cuenta de que una culebra estaba enroscada en su pie. —¡Carajo! —dijo fuertemente y se sacudió—. ¡No te tengo miedo! La culebra se zafó y se deslizó hacia la quebrada. Entonces, Don Humercindo se acercó al filo del barranco y vio que, sobre un eucalipto añejo, volaban gallinazos como cuidando un tesoro. Recordó lo que había escuchado de sus mayores: “En ese sector de la quebrada, el dueño de la antigua hacienda Yanayacu escondió una gran paila de oro, que tenía cuatro orejas”. Como era valiente, curioso y de buen corazón, se le ocurrió dejar entablando el agua por diferentes surcos y se fue hacia el pailón a buscar la famosa paila. Sin darse cuenta, con el cavo de la pala, topó el lazo de su sombrero, que cayó delante de sus ojos dibujando la silueta de una persona, como si fuera una sombra que estaba frente a él. Como toda persona de buena educación, saludó creyendo que era real. —¡Buenos días! —dijo en voz alta, pero no obtuvo contestación. Distraído, dejó la pala en el último surco del filo de la quebrada. Cogió unas piedras y las lanzó hacia el barranco. Escuchó que las piedras golpeaban contra algo metálico. Entonces,

pensó: “¡Ahí está la paila de oro!”. Decidido a encontrar el famoso tesoro, descendió por un camino zigzagueante y polvoriento. De pronto, vio una hermosa gallina con seis pollos amarillos recién reventados cerca de sus pies. Los polluelos eran tan hermosos que despertaron sus ganas de cogerlos, para llevarlos a su casa y que los criara su mujer. La gallina no dejaba que él tocara a sus crías y caminaba rápidamente con sus pollos hacia el fondo de la quebrada. Mientras más se adentraban en la quebrada, más dorados se ponían. Don Humercindo apresuró sus pasos. Con rapidez, lanzó su sombrero y, de un solo golpe, tapó a la gallina y a los pollos. Sus ojos empezaron a lagrimar, los frotó suavemente y los abrió despacito. Ante su mirada somnolienta, en el fondo del barranco, estaba la gran paila; de ella brotaba agua cristalina, resplandeciente, que brillaba con rayos de color oro. El agua se desparramaba y desaparecía por encanto. De pronto, un sonido lo hizo regresar a ver. Era el chorro de agua del regadío que se estaba desparramando por la quebrada. Sin pensar dos veces, subió al terreno y corrió a cambiar el agua a los otros surcos, para terminar pronto y regresar a casa. Cuando estaba llegando a su terreno, vio la sombra que había estado detrás de él; de forma macabra, le dijo: —¡Da gracias a tus padres, que te han criado bueno y trabajador, porque, si no, estarías bailando con los otros ambiciosos en el fondo del pailón con el diablo! —¡Ja! ¿Qué dices? ¡Carajo! ¡No te tengo miedo! —respondió Don Humercindo. Rápidamente, cogió su bicicleta y, sin regresar a ver, pedaleó hasta más no poder. De la angustia, se cayó por los chichavos, pero se levantó pronto y siguió su marcha. Cuando llegó a su casa, le contó a su esposa lo que le había sucedido. Ella lo tranquilizó y le dio agüita caliente de toronjil, con tortillas recién salidas del tiesto, para calmar su angustia: —¿Y la pala? —le preguntó. —¡Ahí se quedó! —respondió Don Humercindo. —¡Cómo dejaste botando la pala! ¡No sé! ¡En este rato, regresa volando a traer la pala! Como ya estaba aclarando el día, Don Humercindo no tuvo miedo y regresó a la chacra. En su terreno, todo estaba tranquilo y el sol resplandeciente calentaba su espalda. La pala estaba donde la había dejado, pero se tocó la cabeza y no encontró su sombrero. Entonces, muy valientemente se fue a la quebrada y encontró su sombrero enterrado entre la hojarasca, junto a la fuente cristalina. Al recoger su sombrero, la gallina y los polluelos se habían transformado en un ramo de bellas rosas, con

un lirio de lindos colores. Envolvió las flores en su saco y las llevó a su casa. Entregó a su esposa lo que había encontrado y ella, sorprendida ante tan hermoso presente, sabiamente le dijo: —El ramo representa el don de nuestra vida, nuestros hijos. Sembremos las flores con amor y sabiduría, para que adornen y den alegría a la Tierra que los vio nacer. Así lo hicieron, junto con sus hijos, cultivaron la tierra y transformaron su chacra en una hermosa floresta, donde compartieron trabajo, alegría y unión familiar. Sus hijos nunca olvidaron los sabios consejos y el ejemplo de sus padres.

Don Humercindo sintió un suave apretón en su bota y vio la cabeza de un _____. Luego, una culebra se enroscó en su pie.

Cuando Don Humercindo llegó al fondo del barranco, encontró una gran paila de oro y agua cristalina que brillaba con rayos de color _____. El agua se desparramaba y desaparecía por _____.